

## Anuario Internacional CIDOB 1999 edición 2000

### Claves para interpretar la Política Exterior Española y las Relaciones Internacionales en 1999

El año del 50 aniversario de la República Popular China.  
Augusto Soto

## El año del 50 aniversario de la República Popular China

Augusto Soto  
Profesor asociado  
del Centro de Estudios  
Internacionales, Universitat  
Autònoma de Barcelona.  
Antiguo reportero de  
la agencia Efe en Pekín.  
Profesor de la Fundació CIDOB.

Cuatro hechos notables marcan el 1999 chino. El primero es la espectacular importancia asignada por Pekín a la secta del Falun Gong (Ley Budista), considerada el enemigo político número uno pese a ser una organización de artes marciales que carece de programa de gobierno alternativo y cuyo dirigente máximo vive en el extranjero. Cuando el régimen daba sus primeros pasos para acabar con ella, la secta reaccionó organizando la mayor manifestación en la capital en diez años. Tras meses de persecución sigue en pie la pregunta de saber si tiene más seguidores que el Partido Comunista Chino (PCCh), la razón de su atractivo, y por qué miembros de alto rango de una organización de rígida disciplina son seguidores de la secta. El segundo hecho es la materialización de un acontecimiento largamente esperado. Se trata del acuerdo de comercio alcanzado con EEUU tras 13 años de negociaciones, que sitúa a la República Popular China (RPCh) a las puertas de entrar en la Organización Mundial del Comercio (OMC). De lograrse, implicaría la mayor reforma desde 1978. Es una medida de globalización llamada a tener positivos y, a la vez, desestabilizadores resultados para la economía y la sociedad del país. El tercero, el hecho más simbólico aunque absolutamente previsible, es el regreso de Macao a la soberanía china, el 20 de diciembre de 1999, según lo pactado con el gobierno portugués 14 años antes y que concita, a diferencia de los anteriores asuntos, la unanimidad del sentimiento nacional. Aquí, por cierto, se incluye el persistente conflicto con Taiwan, que se volvió a repetir. Y el cuarto acontecimiento, al cerrar el año, es la fuga de China a la India del líder espiritual del budismo tibetano, el Karmapa Lama, una figura importante porque era aceptada tanto por Pekín, que lo había impuesto en 1992, como por el Dalai Lama desde su exilio. Tres de estos acontecimientos tienen gran alcance. El primero, el segundo y el cuarto nos recuerdan el tremendo reto que representa la gobernabilidad del país-continente y la paradoja de que, a mayor integración en los organismos internacionales y en la economía global, a mayor proyección de su poder y prestigio en el exterior, tanto mayor parece ser la fragilidad del Estado que preside estos cambios. En cualquier caso, los cuatro acontecimientos son únicos, y de inestimable ayuda para entender los hechos acaecidos en el año del cincuentenario del establecimiento de la RPCh. De los otros sucesos, que se revisarán aquí, algunos se enmarcan en los ya mencionados. Otros son crónicos como, por ejemplo, las investigaciones aún en curso sobre importantes casos de corrupción. Así, se ofrece una vista panorámica de los acontecimientos,

algunos tratados con su trasfondo distintivamente chino, y otros que exigen una referencia a años recientes. Por último, se presentan algunas líneas interpretativas de futuro.

### El cincuentenario

En octubre de 1949 un mal conocido guerrillero comunista chino, Mao Zedong, en quien no confiaba la URSS y mirado con recelo por EEUU, subió al *rostrum* de Tiananmen en Pekín y proclamó la República Popular. Un país entre los más pobres del planeta, en el que vivía entre un cuarto y un quinto de la población mundial, recuperaba la unidad y la soberanía tras más de un siglo de desgobierno, fragmentación interna e intervención extranjera. En octubre de 1999 la ceremonia se volvió a realizar en un clima triunfalista en que desfilaron delegados del campo y de las ciudades, así como del Ejército Popular de Liberación (EPL), reafirmando el significado de la primera efeméride y subrayando los éxitos de los últimos 20 años de reforma y apertura al

mundo. En verdad, el país cuadruplicó el tamaño de su economía en 1995,

cinco años antes de lo que se anunció a comienzos de la reforma, a un ritmo que constituye el más rápido proceso de industrialización de la historia moderna a nivel mundial.

Con todo, un hecho que a menudo se olvida es que desde 1949 la producción industrial se

ha incrementado en un promedio

del 10% anual. La cifra sitúa hoy a la

RPCCh como segunda potencia industrial, después de EEUU, y en el país con el tercer PIB –medido en poder de compra paritario– después de EEUU y Japón. El balance del cincuentenario es impresionante porque incluye errores garrafales de política, como los años del Gran Salto Adelante (1958-1961), que produjeron una hambruna que mató por lo menos 20 millones de personas, así como la fuerte división nacional resultante del lanzamiento de la Revolución Cultural (1966-1976). El recuerdo de esos dos períodos aún no termina de ser digerido ni en la sociedad ni en el Partido a finales del siglo XX. Un balance básico indica que la esperanza de vida era de 35 años antes de 1949 y de 65 en 1976. Pero, ante todo,

*“Lo que no era previsible era la transmutación de estas tradiciones en movimientos contestatarios y antigubernamentales”*

los logros de las últimas dos décadas en continuo son impresionantes, más incluso que los éxitos iniciales desde las cenizas, en el período 1949-1957. Por supuesto, el coste humano que supuso esta ingeniería social nos retrotrae más bien al período de la revolución industrial occidental decimonónica y a formas de gestión a la vez soviéticas y tradicionales chinas que no han tenido cabida en Occidente tras la Segunda Guerra Mundial. Hoy, cincuenta años después, el país parece acercarse al estatus de primera potencia que tuvo hace cinco siglos. Pero esta apreciación exitosa, tan alegremente extendida por parte de la prensa y los analistas internacionales, y de la que se hace eco Pekín para consumo interno, aún queda lejos. De hecho, pocos países tienen ante sí una hilera tan variada de problemas y preguntas sin contestar. La primera de todas es la dimensión exacta de su colosal población. La segunda es la mejor forma de gobernar un país donde han de alimentarse más de 1.300 millones de habitantes con un ingreso per cápita de 790 dólares.

### La gobernabilidad de China

El 25 de abril de 1999 cerca de 10.000 seguidores de la secta del Falun Gong rodearon Zhongnanhai, complejo residencial de los líderes chinos, colindante con la plaza de Tiananmen, en una protesta silenciosa, sorpresiva, que no conmemoraba una efeméride como coartada para vocear demandas, sin emblemas y, por todo ello, inédita en la capital. Fue la mayor manifestación desde 1989 en Pekín, toda una demostración de fuerza y organización de un colectivo que presume de contar con 100 millones de seguidores -el PCCh tiene cerca de 60 millones de miembros- y cuyo material audiovisual y textos inspiradores han vendido decenas si no cientos de millones de copias. Probablemente la secta cuenta con menos simpatizantes de los que afirma tener, pero su dimensión es considerable. Los adeptos al Falun Gong demandaron el fin del acoso gubernamental de las semanas previas. El PCCh ya estaba inquieto con el alcance social que adquiriría el movimiento. En el pináculo de éste se sitúa el líder de la secta, Li Hongzhi, desde hace dos años residente en EEUU, que se atribuye el papel de salvador de la humanidad y cruzado contra la corrupción moral y la tecnología moderna. Falun Gong nació en 1992 y a sus

prácticas se sumaron personas jóvenes y de edad avanzada; gente excluida de la cobertura social por la reestructuración de las empresas estatales y carente de la "escudilla de arroz" (*tiefanwan*), esto es, el sacrosanto puesto de trabajo y sus prestaciones sociales añadidas. A la vez, la escudilla ha sido un concepto con el que el régimen ha socializado y controlado a los habitantes de las urbes. Su recetario mezcla ejercicios respiratorios del Qi Gong prescritos para mejorar y prolongar la vida, e incluso, lograr la inmortalidad, con elementos de las artes marciales y meditativas de las tradiciones budista y taoísta. Además, integra ricas creencias sincretistas que el gobierno creía *superadas* por décadas de una cultura emanada de la dictadura del proletariado, pero que siguen allí. La irrupción sorpresiva de la secta en la capital reforzó la alarma dada por el gobierno, descubriéndose que también contaba con seguidores en el mismo PCCh. Se inició una caza de brujas y se detuvo a decenas de miles de personas. Y en los últimos meses de 1999 han sido investigadas decenas y centenares de miles a lo largo y ancho de la geografía. En julio el Falun Gong fue ilegalizado y 1.200 funcionarios gubernamentales enviados a la ciudad septentrional de Shijiazhuang para reeducación ideológica. En agosto, el gobierno inició un proceso contra cincuenta altos funcionarios, a quienes acusó de subversión. Pero la amplitud de los adheridos a la secta quedó demostrado al poco tiempo. En octubre, tras seis meses de una persecución apoyada por redadas contra elementos hostiles como preparativo para la celebración del cincuentenario de la RPCh, que produjeron 100.000 detenidos, centenares de miembros de la secta tuvieron la osadía de protestar durante seis días consecutivos en la mismísima plaza de Tiananmen. La Asamblea Popular Nacional (APN), el Parlamento chino, consideró atinado decretar una ley que especificaba penas de entre 3 y 7 años para los practicantes y más de 7 para los divulgadores de la doctrina. Las medidas punitivas complementaron campañas recientes, entre otras, "enfaticar la política", lanzada en 1996, y "los tres énfasis", en 1998, en el marco de la necesidad de contar con cuadros ideológicamente más preparados, atentos a las directrices del centro, y ágiles en la toma de decisiones. El auge del Falun Gong no se explica sino a partir del progresivo aflojamiento doctrinario desde la

cumbre. De hecho, con el relajamiento del control ideológico en el campo se volvió a prácticas antiguas, a una religiosidad popular y al reino de las supersticiones que el régimen suponía en el basurero de la historia. En las ciudades ocurrió otro tanto. A mitad de los noventa era posible ver relicarios budistas en restaurantes céntricos de Shanghai, o, en Pekín, locales decorados con una iconografía de los tiempos imperiales, algo impensable pocos años antes. Lo que no era previsible era la transmutación de estas tradiciones en movimientos contestatarios y antigubernamentales. Pero conviene recordar que la historia milenaria del país está jalonada de semejantes mezclas que han llevado a gigantescas explosiones sociales. Si esta y otras sectas son expresión de las ansiedades provocadas por los dramáticos cambios que han supuesto las modernizaciones, probablemente encuentren otra válvula de escape tras la actual represión en curso.

El desafío político liderado por estudiantes hace exactamente una década en Tiananmen y en las principales ciudades no representa una amenaza por sí mismo. Las demandas por una apertura democrática son claramente acalladas por el gobierno. Durante 1999 se produjeron una serie de detenciones de disidentes que rememoraron la fecha de la cruenta toma de la plaza entre el 3 y el 4 de junio de 1989. Hoy –para sorpresa de quienes cubrimos las manifestaciones de hace 10 años– la disidencia es un colectivo más bien ignorado por los habitantes de las urbes, y, por cierto, por la masa campesina, más preocupada por el bienestar inmediato que por referencias a Derechos Humanos de los que nunca ha gozado. Lo que se ve tras veinte años del pragmatismo iniciado por Deng Xiaoping es que no hay contenidos ideológicos nuevos o una idea de proyecto nacional. Las repetidas pero volátiles campañas de reeducación ideológica han venido mezcladas con frases fundacionales tales como "socialismo de mercado con características chinas" y "hacerse rico es glorioso". Esas son las coordenadas de la brújula nacional y la aguja da señales ambiguas porque las características chinas tienen una variedad tal que abarcan de la superstición al pragmatismo, y se pueden volver contra sus invocadores oficiales. Un hecho llamativo del último año del siglo, en un país que debe alimentar a alrededor del 23% de la población mundial con sólo un 7% de la tierra cultivable del mundo

y que importará el 10% de su grano hacia 2010, fue la decisión de relajar la política obligatoria del hijo único. Se anunció que de ahora en adelante la limitación se hará por medios persuasivos y no punitivos. Desde comienzos de los ochenta se había impulsado la política del hijo único, que, oficialmente, logró prevenir el nacimiento de 300 millones de nuevas bocas que alimentar, aunque, en la práctica, es en las ciudades donde la medida fue realmente implementada. Pero, por otra parte, las autoridades están preocupadas por las consecuencias sociales de la anterior directriz, entre ellas el envejecimiento de la población. A partir de ahora no será pues una anomalía ver a parejas paseando con dos hijos en la plaza de Tiananmen o en la costanera de Shanghai. En el campo, innumerables familias ya cuentan con dos, tres y más hijos. En verdad, no se conoce la cifra exacta de la población ni su ritmo de crecimiento. El número de habitantes es fundamental porque aumenta una serie de problemas crónicos que hacen de China uno de los países que disponen de menos tierra cultivable,

agua potable y bosques per cápita. Los desiertos y montañas convierten la mitad del territorio en un ámbito inhóspito y empujan al 90% de la población a concentrarse en el Este. En cuanto a modelos humanos, la figura de Lei Feng, un héroe comunista originado en la década de los sesenta y resucitado periódicamente en los ochenta y noventa, casi se ha desvanecido. La imagen del empresario, también ambiguamente ensalzada

por el gobierno, y la de modelos individualistas y de la cultura pop, son los iconos que cuentan en las urbes. En los últimos años el sistema se desplaza hacia una legitimidad no socialista. Una perspectiva peligrosa porque implícitamente difunde una legitimidad a partir de la capacidad de mantener las expectativas en alza en una sociedad de consumo enmarcada por una dictadura de desarrollo. Al nivel nacional, la unidad viene propagada por consignas de autoestima frente al mundo, traducidas en una posición asertiva frente a Taiwan y EEUU. Todo esto queda muy bien reflejado en el libro *China puede decir no*, un éxito de ventas hace cuatro años, escrito por simpatizantes del movimiento

pro democrático de 1989, y cuyo espíritu resume un sentir extendido a finales del siglo XX.

### China en la globalización

El acuerdo alcanzado en diciembre de 1999 sitúa a Beijing a las puertas de entrar en la OMC. De lograrse, implicaría la mayor reforma china desde 1979. Las negociaciones comenzaron en 1986, pero se interrumpieron tras la represión de Tiananmen, tres años más tarde. En 1994 Pekín reanudó sus esfuerzos para entrar en el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), sin contar con que muchos de los países hoy miembros de la OMC tenían para entonces muy adelantados los procesos de liberalización de sus mercados. El modelo proteccionista chino debía aún adaptarse a los requerimientos de la OMC, nacida el 1 de enero de 1995. Dos años más tarde Pekín retomó la iniciativa y rebajó algunos de sus aranceles de importación. Pero en 1997 irrumpió la crisis asiática y la atención se desvió hacia su resolución. En 1999, con un panorama más despejado, aunque no totalmente resuelto, Pekín tomó la iniciativa. El interés chino por ingresar quedó muy bien plasmado en el tortuoso 1999. Pese al bombardeo de la embajada china en Belgrado, en mayo, precedido de una grave acusación de Washington de que China había robado importantes secretos nucleares norteamericanos, lo que llevó a la interrupción de contactos a varios niveles de la relación bilateral, el año se cerró con el histórico acuerdo. China se comprometió a reducir sus tarifas aduaneras en una media del 23% (del 22,1% al 17%), a eliminar las subvenciones a sus exportaciones y a facilitar el acceso a sus mercados para una serie de industrias estratégicas estadounidenses, como los bancos, las telecomunicaciones, las compañías de seguros, y las películas de Hollywood. El acuerdo aún puede ser vetado por el Congreso norteamericano, donde subsisten los históricos recelos y simpatías hacia China entre republicanos y demócratas. El legislativo ha de conceder a ésta la condición de socio permanente, tema que desencadenará una aguda controversia. La reforma aduanera incluirá productos agrícolas y automóviles. China permitirá que el capital extranjero pueda ser propietario de hasta un 49% de sus empresas de telecomunicaciones y, dentro de dos años, subirá ese porcentaje al

**“El Partido permanece dividido respecto a la apertura al mundo y al futuro de su sistema político”**

50%. A la vez, se compromete a dejar de oponerse a inversiones extranjeras en Internet y a autorizar a que operen en su territorio firmas proveedoras de acceso a la red. China negocia actualmente con Canadá, Brasil, Suiza y Noruega, además de con la UE. Según sus autoridades, cerca de un 80% de los objetivos de la UE en sus negociaciones con China son comunes a los Estados Unidos y un 20% es específico para Europa. Aquí se incluyen tarifas aduaneras y un número de cuestiones que engloban construcción mecánica, sector bancario, distribución, telecomunicaciones o seguros de vida. La discusión de este porcentaje es aún una cuestión de meses. Pero, por otro lado, en este proceso, la RPCh encuentra obstáculos para su mayor integración en la economía mundial derivados del hecho de que no domina los vericuetos de la oferta de dinero, la política fiscal, o la reforma de las empresas del sector estatal que, a su vez, inciden en dificultades para implementar los acuerdos internacionales relativos a los derechos de propiedad intelectual. Por añadidura, resulta difícilísimo controlar la piratería y la corrupción.

La RPCh advierte los beneficios y peligros de una mayor integración en la economía mundial. El acuerdo con EEUU, que abre además el área de las telecomunicaciones, le plantea la gigantesca tarea de vigilar los contenidos de Internet y los productos audiovisuales. En enero un tribunal de Shanghai condenó a dos años de prisión a un ingeniero que había enviado 30.000 mensajes de correo electrónico a una organización norteamericana considerada hostil. Pero existen otras amenazas potenciales al control ideológico. Se ha ido formando una cultura perfectamente visible, no contestataria y en expansión, cuya mera existencia habría sido considerada subversiva a comienzos de los ochenta. Es una cultura popular urbana, que se propaga desde las ciudades costeras, bien simbolizada en la proliferación de los bares de *karaoke*. A ella contribuye la gran presencia de empresarios, trabajadores y turistas provenientes tanto de la China de ultramar y del Sur como de Occidente. Los usos y costumbres de esta cultura -más individualista y que corresponde al mundo empresarial y globalizado- se difunden por toda la gama de productos audiovisuales y de telecomunicaciones que actualmente inunda China. Desde el punto de vista de la cultura y del “poder suave” (*soft power*), China está experi-

mentando un fuerte impacto desde el exterior sin ser capaz, a su vez, de generar ideas, instituciones ni una cultura china de proyección global que compita con Occidente, especialmente con EEUU. Los estudiantes chinos que lanzaron piedras a la embajada norteamericana en Beijing en mayo de 1999, como protesta por el bombardeo de la legación china en Belgrado, pertenecen al mismo colectivo que sigue soñando con ir a especializarse a EEUU, y, si es posible, quedarse allí. Al final del siglo XX la cadena alimentaria McDonald's ya se expande por 40 ciudades, y cuenta con más de 250 restaurantes que, junto a los Kentucky Fried Chicken, constituyen todo un fenómeno de gran atractivo social para familias completas. En comparación, los restaurantes de cocina china repartidos por el mundo no están integrados en una multinacional. A veces se insertan en complejas redes sociales internacionales, pero no son ni remotamente un fenómeno equivalente. Durante 1999 la *vulnerabilidad* económica, cultural y política del reino o imperio del centro -significado de los dos ideogramas para designar China en chino- ha hecho sino acentuarse. Proporcionalmente a las épocas respectivas, Mickey Mouse llega hoy en día a más hogares que la imagen de Mao en los sesenta. Tras el éxito de la película *Titanic*, públicamente alabada por el líder Jiang Zemin, le tocó el turno a *Mulan*, un relato tradicional chino del siglo V, adaptado y difundido por Disney a nivel global y también en el país más poblado. Una de las mayores paradojas de esta actitud abierta y cautelosa se expresa en que la RPCh se ha transformado al cabo de dos décadas de reforma y apertura al exterior en uno de los principales destinos turísticos -según proyecciones elaboradas a fines de 1999, la principal potencia turística en el año 2020- y en el origen de una *fuga de cerebros* que nutre de profesores y becarios a importantes centros de investigación internacionales.

### La política interna

1999 se ha ido con la imagen de un liderato que, por al menos en lo más alto de la cumbre del poder, ofrece una imagen estable, con fisuras pero sin dramatismos, y continuador del sendero establecido por Deng. El Partido permanece dividido respecto a la apertura al mundo y al futuro de su sistema político. Con todo, el líder principal no desarrolla una política de confrontación



como la desplegada por Mao. Jiang Zemin aparece como un conciliador y un maestro del consenso, más interesado en expandir primero sus poderes para luego formalizarlos. Con la perspectiva de los tres años transcurridos tras la muerte de Deng Xiaoping en 1997, la “tercera generación” encabezada por Jiang Zemin, de 73 años, sucesora de las de Mao y Deng, ha asentado su autoridad. En clave china el poder es más que la acumulación formal de funciones. Se teje tras bambalinas a partir de una compleja elaboración de *guanxi* (relaciones personales y sociales). Actualmente Jiang concentra los cargos de secretario general del PCCh, presidente de la RPCh y presidente de la Comisión de Asuntos Militares. La incógnita era si se podría mantener y dar contenido real a su estatus formal. En 1999 su posición se ha asentado aún más. Ha logrado que la cuarta sesión plenaria del 15 Congreso del Partido aprobase al actual vicepresidente de la RPCh, Hu Jintao, de 56 años, en el cargo simultáneo de vicepresidente de la Comisión de Asuntos Militares. Ello acerca a Hu a la categoría de probable candidato a sucesor del mismo

Jiang, en el año 2002, y le destina a encabezar la “cuarta generación”. Hu fue secretario regional del Partido en el Tíbet, entre 1988 y 1992, años de alzamientos que aplacó férreamente. Durante 1999 jugó un papel destacado en la represión de la secta del Falun Gong. Entre los que conforman un entorno favorable a Jiang, a la reciente promoción a primer ministro de

Zhu Rongji, hace dos años, se agrega el nombramiento de Zeng Qinghong como jefe del departamento de Organización del Partido, en marzo de 1999. Se trata de un despacho encargado de asuntos de personal a nivel del partido y gobierno. Zeng había sido el secretario personal de Jiang en Shanghai a finales de los ochenta. Además, desde la muerte de Deng Xiaoping, Jiang ha ido acumulando el control de los “grupos principales clave” encargados de elaborar programas y coordinar el trabajo entre el gobierno y el Partido. Por añadidura, su rival más importante, el presidente de la APN y ex primer ministro, Li Peng, fue apartado del despacho de política exterior hace dos años y parece no recu-

perar su influencia. En el tablero del poder Jiang controla a través de sus protegidos los despachos relacionados con Taiwan, las finanzas y la economía, la organización del Partido, y probablemente dentro de poco intervendrá en el departamento de propaganda. Sólo escapa aún a su control el grupo dedicado a asuntos políticos y legales, pero podría ser una cuestión de tiempo tras el retiro, también provocado, de Qiao Shi, tanto de su posición como número tres del importantísimo Comité Permanente del Politburó como de la jefatura de la APN. La partida de Qiao, hace dos años, dejó a Jiang con más margen de maniobra hacia la “derecha”, esto es, hacia un mayor relajamiento del control político. Qiao, que también dirigió la policía secreta, se había caracterizado por abogar por un mayor énfasis en el imperio de la ley, que en buen lenguaje de la República Popular significa hacia la “izquierda”, atribuyéndole así, a la vez, mayor importancia a la APN, que él dirigía. Al recambio se suma la nueva evidencia de que un 60% de los 193 componentes recientemente elegidos como miembros permanentes del Comité Central son nuevos. Probablemente éste sea el Comité más joven y preparado de la historia reciente.

En los últimos tiempos el sucesor de Deng Xiaoping también ha procurado ganarse a la intelectualidad. Ésta es clave para las modernizaciones. Una reconciliación es buena para mermar la *fuga de cerebros* sufrida por el país. Aunque menos de lo que comúnmente se afirma, la represión del movimiento de Tiananmen, en 1989, distanció del país a un segmento de los estudiantes y profesores que se especializaban en el extranjero. No es un detalle que Jiang Zemin haya acudido hace varios meses a la Universidad de Pekín a celebrar el centenario de su fundación. Fue una visita positiva, según los profesores. De allí provienen dos de los fundadores del PCCh, pero también los principales agitadores del movimiento estudiantil de hace una década. Jiang desplegó sus mejores dotes de relaciones públicas, algo que hace con frecuencia en su país y en el exterior. Se dio el lujo de hablar en varios idiomas en diferentes facultades y recitó poesía de la dinastía Tang, época equivalente al Siglo de Oro español. Se trata de un trabajo coordinado. Liu Ji, amigo personal que Jiang Zemin trajo a la capital a la vicepresidencia de la Academia China de Ciencias Sociales, ha venido también desa-

*“Es la primera vez desde la dinastía Ming que el continente vuelve en su integridad al control nacional”*

rollando una significativa labor de acercamiento hacia los intelectuales, cooptando a algunos como asesores. Con el objeto de mantener un equilibrio y posibilitar la maniobrabilidad que requieren situaciones imprevistas dentro del Partido, Jiang se ha rodeado de asesores conservadores y liberales, cautos y más atrevidos. Y es sabido que algunos no se llevan bien ni todos concuerdan siempre en el programa a seguir. Una reforma fundamental en curso es la hidra de mil cabezas que significa la burocracia. Hace dos años el primer ministro Zhu Rongji anunció la reducción de ministerios, de 40 a 29, y la disminución de la burocracia central en un 50%. Durante 1999 y 2000 un proceso similar ha de continuar al nivel provincial y de distrito. A los órganos burocráticos se les ha encomendado el encargo de decidir sobre tres asuntos fundamentales: cuáles son sus funciones, cuánto personal es indispensable y cuál el seleccionado para su despido. Esta es una tarea difícilísima. China es una sociedad en la que los individuos están ligados por unas redes de ayuda mutua y favores que incluyen lazos provinciales y locales, que atraviesa las tuberías del entramado administrativo en un ambiente de alarmante corrupción. En los últimos años ya se ha intentado dar un golpe de gracia al gigantismo administrativo, para comprobar, al cabo de un tiempo, que los órganos burocráticos han regresado a su tamaño original, e incluso, han crecido. Por tanto he aquí una de las reformas básicas, que, de conseguirse, representaría una revolución real.

La otra atañe a la crónica y galopante corrupción. En 1998 se detuvo a numerosos altos cargos de la administración de aduanas de Zhuhai, frente a Macao. Pero al cabo de unos meses fueron descubiertos muchos más corruptos. 1999 acaba con una investigación aún en curso sobre lo que puede ser el mayor caso de corrupción de la historia de la RPCh. Se trata de una red de contrabando que involucra a la cúpula del partido en la meridional ciudad de Xiamen, provincia de Fujian y con ramificaciones en Pekín. El vicealcalde de Xiamen y el hijo de un miembro de la Comisión Militar Central se han dado a la fuga. Más de 200 miembros del gobierno ya están siendo interrogados, y, según ha trascendido, ha sido detenida la esposa de un dirigente muy cercano a Jiang Zemin. A la vez, junto con este caso, los primeros días del siglo se abren con

la noticia de que se han perdido cerca de 600 millones de dólares destinados a la represa de las Tres Gargantas, en el río Yangtsé. Ya se habían detectado irregularidades allí en 1998. Las cosas se pueden complicar para el líder máximo, pues se halla personalmente comprometido en una lucha declarada contra la corrupción. Estos escándalos son una oportunidad que probablemente no desperdiciarán los bandos opuestos a él y sus protegidos. Parecen acercarse tiempos de recriminaciones mutuas, realineamientos y purgas tras bambalinas.

Los entresijos del poder en la capital, pero también las hendiduras en las regiones limítrofes, son un quebradero de cabeza en un país-continente demográficamente mayor que los demás continentes. Aquí el año se cierra con una verdadera sorpresa: la fuga del Karmapa Lama del Tíbet, donde era el líder espiritual impuesto por Pekín y reconocido por el Dalai Lama. Su presencia encarnaba un consenso al que no se había llegado nunca antes, un logro del que los líderes chinos se podían considerar orgullosos y de allí la gravedad de la evasión. Resulta además increíble la huida de esta figura de 14 años de edad, que ha de haber contado con una ayuda considerable para escapar al control y no ser alcanzado en su trayecto hacia la empinada frontera. Fue una fuga titánica que le dejó al otro lado de los Himalayas, en la ciudad india de Dharamsala, donde vive el Dalai Lama. Parte de la explicación de la deserción reside en la sistemática denegación de visas a sabios lamas residentes en el extranjero que han querido visitarle. El Karmapa Lama es la tercera figura más reverenciada del budismo tibetano, y, según los especialistas, necesita continuar un aprendizaje inencontrable en el Tíbet. Cómo y quién ha ayudado a la fuga no es un punto menor porque a su vez los tibetanos en la India están divididos en torno a quién encarna la figura del Karmapa. De hecho, el recién llegado no lo tendrá fácil porque tiene un rival de la misma edad que vive en Nueva Delhi. En los primeros días del 2000 Pekín sugiere que se trata de una visita a la India y dice no descartar su regreso. El caso es significativo por sí mismo y porque se suma a otras huidas protagonizadas en los últimos dos años por lamas tibetanos con cargos oficiales en el gobierno chino. La más notable de todas es la de Agya Rinpoche, que oficiaba de lama en un monasterio en la provincia de Gansu y era, a la vez, miembro de la APN en Pekín.



Otra cuestión que normalmente pasa casi inadvertida en Occidente son las elecciones al nivel de aldea organizadas por el PCCh. En 1999 han continuado realizándose votaciones en las que durante la última década ya han participado entre 300 y 600 millones de personas. Se han desarrollado con el objetivo de legitimar mejor a unas autoridades locales encargadas de defender los intereses del lugar e implementar las políticas del hijo único y la recaudación de impuestos –medidas siempre sujetas a distorsión– así como la mejor coordinación de obras aldeanas. La proyección de este fenómeno es ambigua y contradictoria. Por un lado, en los últimos años se ha notado un relajamiento derivado de la delegación de atribuciones en autoridades provinciales y el surgimiento de caudillos locales, unido a un notable aumento de la corrupción; por otra, de forma silenciosa estas elecciones, pese a contar con candidatos designados, muestran a los campesinos una vía participativa inédita. Resta por ver cómo evolucionará el modelo en el futuro en conexión con mayores demandas de una pobla-

ción con creciente ingreso per cápita y la extensión de elecciones a un nivel más alto, esto es, de municipio.

El buen gobierno a partir de su nivel más básico seguirá siendo el mayor desafío del país.

*“En 1997  
las ventas a  
China representaron  
cerca de un 40%  
de las exportaciones  
del arsenal ruso”*

#### El entorno internacional

La RPCh acaba el siglo XX disfrutando del entorno internacional más favorable desde su fundación, en 1949, y, remontándose a la China imperial, desde mediados del siglo XVIII. La devolución de Macao a China, tras cinco siglos de dominio portugués, tuvo, por supuesto, un efecto psicológico en el camino de restauración de la unidad. Es la primera vez desde la dinastía Ming (1366-1644) que el continente vuelve en su integridad al control nacional. Macao, un territorio de 16 km<sup>2</sup> en que viven medio millón de personas, ni remotamente posee el significado económico de la devolución de Hong Kong a soberanía china, en 1998. En verdad, el entorno y la seguridad de China se juega en su interacción con la potencia dominante de esta época. EEUU es un país clave con el que Pekín ha mantenido el pulso más grave en el último

año. A ojos chinos, EEUU se ha ido desplazando desde la condición de país “amigo” a otra de discordia y enemistad más pronunciada, en un giro que ya tiene 10 años, marcado por la represión de Tiananmen y agravado por las crisis relativas a Taiwan. El año se abrió con las acusaciones de que China robaba secretos nucleares, en un caso catalogado como el espionaje más grave sufrido por Washington en las últimas décadas. Según la denuncia del informe Cox, elaborado por la Cámara de Representantes del Congreso norteamericano, Pekín habría estado espionando desde hace veinte años, y con el material robado habría hecho avances amenazadores para la supremacía norteamericana porque le permitirían aumentar la confiabilidad, precisión y poder destructivo de sus armas nucleares. Por cierto, como ocurre en estos casos con todos los países, Pekín negó los cargos. En cualquier caso, informes independientes coinciden en señalar que el atraso es aún muy grande respecto de EEUU, debido a las pocas pruebas nucleares realizadas por los chinos, y al hecho más simple de la complejidad de los materiales supuestamente robados. Pero las relaciones tocaron el punto más bajo en muchos años en mayo, durante la crisis de Kosovo, con el bombardeo de la embajada china en Belgrado por un avión norteamericano de las fuerzas de la OTAN, en un incidente catalogado de accidental por Washington aunque difícil de explicar, que se saldó con cuatro fallecidos y 27 heridos. A los pocos meses se alcanzó un acuerdo por el que Washington se comprometía a pagar 4,5 millones de dólares en compensación a las víctimas. Pero en julio, en menos de cuatro años, surgió otra tensión entre Beijing y Taipei por las declaraciones del presidente taiwanés, Lee Teng-hui, según el cual los vínculos de la isla con el continente deberían conducirse como relaciones de Estado a Estado, rompiendo así la etiqueta que hacía hablar a ambos lados del estrecho de Taiwan de la existencia de una sola China. Esto provocó unas aparatosas maniobras militares de la RPCh en la provincia de Fujian, frente a la isla, y el intercambio de advertencias entre Pekín y Washington. Pocos meses después, con ocasión de la cumbre anual del APEC (Cooperación Económica Asia-Pacífico), en Nueva Zelanda, Jiang Zemin, habló claro con una metáfora sacada del baúl de la época del imperialismo decimonónico en China, usando el término “diplomacia de

cañoneras” para referirse a la hegemonía norteamericana. Un asunto que distancia a ambos países es la certificación periódica a que Washington somete a la RPCh para concederle el estatuto comercial de nación más favorecida y que la vincula a su balance anual en Derechos Humanos. Pekín advierte en esto un cinismo, otra forma de frenar su calidad de potencia ascendente. Sin embargo, Washington es cardinal para la modernización china. A la vez, Jiang también ha de contentar al ala dura del Partido, así como a los militares, a quienes ha ido limitando la posibilidad de hacer negocios, consentida por Deng como contrapartida a la reducción de personal. Y el actual secretario general, que ha vuelto a rebajar en 500.000 los efectivos del EPL dentro de su política de modernizaciones, ha reducido también el número de uniformados en el Comité Central del PCCh. Además, no hay ningún representante militar en el poderoso Comité Permanente del Politburó. En ese contexto, la dureza retórica con Taiwan y EEUU ayuda en parte a contentar a las Fuerzas Armadas, a las que nunca se puede descartar en las ecuaciones de poder. La influencia de la RPCh en el mar de China y en el Sudeste asiático continuó acentuándose con el levantamiento, hace unos meses, de una fortificación en los arrecifes de las islas Spratly. Se trata de una zona estratégica del área que constituye la principal vía comercial internacional de Japón, que China reclama como suya y cuya soberanía es disputada por media docena de países.

Pero, por otro lado, en noviembre Pekín ha mostrado un mayor deseo de integración regional con su participación en la reunión de la ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático) en Manila. Se trató de un encuentro interesante porque se sumaron también Corea del Sur y Japón, en una fórmula llamada “ASEAN más tres”, para la que se acordó regularidad futura. Se convino que los miembros de ASEAN acelerarían la reducción de sus tarifas como parte de un proyecto para formar una zona de libre comercio. A la vez, la entrada de China en la OMC la hará más competitiva y más abierta a la inversión proveniente de la región del Sudeste asiático, que cuenta con una poderosísima concentración de chinos de ultramar. Parecen ser pues, a décadas vistas, los pasos previos a la conformación de un bloque comercial compuesto por el Sudeste de Asia, China, Japón

y Corea del Sur. Así, la presencia china en el este de Asia continúa creciendo. Otro tanto ha ocurrido con las áreas limítrofes de Asia Central, que configuran lo que se conoce como “Gran China”. Las asertivas políticas de Washington desde la guerra del Golfo han jugado un papel clave para un mayor acercamiento entre el país más extenso y el más poblado del mundo en lo que califican de frente “antihegemónico” en un período no ideológico en el que ambos gigantes se llevan notablemente mejor que cuando se disputaban la mejor interpretación del marxismo. El nuevo período se abrió con la visita de Gorbachov a Pekín, en 1989. En este contexto, la RPCh firmó en 1996 un acuerdo multilateral, el primero de este tipo firmado por Beijing, con la Federación Rusa, Kazajstán, Kirguizistán y Tadjikistán, un acuerdo que marca el inicio de solución de casi todos los problemas fronterizos en un ambiente de confianza mutua y transforma oficialmente a esta región en una zona de “paz, amistad y cooperación”. En 1997 Rusia y China delimitaron la mayor parte de sus bordes comunes de 4.200 km, en disputa desde la época soviética. Pero al país oriental también le interesa el arsenal soviético. Sin duda, el bombardeo de la embajada china en Belgrado y la actuación coordinada de las fuerzas de la OTAN lideradas por Washington, sin tomar en cuenta ni las opiniones del vecino Moscú ni de Beijing, dejaron un sabor amargo que ambos países se encargaron de superar mediante una serie de declaraciones altisonantes y medidas concretas. En agosto de 1999 se informó que Beijing había comprado a Moscú 60 aviones de combate Su-30, valorados en 2000 millones de dólares, que se agregan a las adquisiciones previas de Su-27, en 1996, y a compras de submarinos de la clase Kilo. En octubre, los ministros de Defensa de ambos países firmaron un acuerdo para realizar entrenamientos conjuntos y compartir información. Ese mismo mes, efectivos de las Armadas rusa y china llevaron a cabo sus primeras maniobras combinadas. Y a comienzos de 2000 ya navegará por aguas del estrecho de Taiwan con destino a una base naval del continente la primera de dos fragatas compradas a Moscú, valoradas en 1.600 millones de dólares. El comercio militar bilateral se estima en más de mil millones de dólares y va en aumento. Por otra parte, el primer lanzamiento en 1999 de un satélite chino y el interés que

en un momento dado mostró Pekín en la compra de la vieja estación orbital rusa Mir se vinculan al proyecto espacial, que tiene como objetivo la declarada intención de poner a un astronauta en la luna, muy probablemente en el 2000. De lograrlo, el país más antiguo del mundo se convertiría en miembro de un reducido y prestigioso club, actualmente integrado sólo por EEUU y Rusia. Estas son medidas que dejan muy arriba la autoestima nacional. Con todo, los intercambios comerciales con Moscú no están a la altura de dos colosos de las dimensiones de Rusia y China. Hasta junio del pasado año la suma de importaciones y exportaciones de China con Japón, EEUU, Alemania, Reino Unido, Francia y Holanda, por separado y en orden decreciente, superaban las de los dos vecinos.

La cumbre Jiang-Yeltsin, en diciembre de 1999, recaló su sello como “cooperación estratégica” y abogó por el multipolarismo para hacer frente al hegemonismo norteamericano. Existe preocupación por el probable relanzamiento del proyecto “reaganiano” de la *guerra de las galaxias*. Pero Pekín no va muy lejos por esta senda porque se acerca a un país con índices de desarrollo tercermundistas. Desde una perspectiva realista, la RPCh no puede jugar la “carta rusa” mientras Moscú siga envuelta en la gran crisis de los últimos años. A la vez, Zhongnanhai, el Kremlin chino, es consciente de los recelos que el país asiático siempre ha causado en su extenso y despoblado vecino.

Una venta indiscriminada de armamentos de tecnología punta y *know how* al país más poblado puede no ser un buen negocio a largo plazo. Con todo, en lo inmediato, la difícil y prolongada coyuntura económica empuja a Rusia a acuerdos que le reporten dinero en efectivo. En 1997 las ventas a China representaron cerca de un 40% de las exportaciones del arsenal ruso. Fuentes militares asiáticas y norteamericanas sostienen que ya hay técnicos rusos contratados por instituciones chinas de investigación sobre tecnología láser, miniaturización de armas nucleares, misiles crucero, armamento espacial y submarinos nucleares. Pekín también se acerca por motivos de seguridad inmediata a los cuatro estados asiá-

ticos ex soviéticos, debido concretamente a la internacionalización de los conflictos étnico-religiosos de Asia Central. Un objetivo de los cinco gobiernos es la contención de los movimientos separatistas y de ahí el apoyo oficial chino a la campaña rusa en Chechenia. Las dos provincias occidentales de la RPCh plantean problemas de seguridad. En los últimos meses se trasladaron 1.000 efectivos adicionales del Ejército a la provincia de Xinjiang con la misión de evitar la repetición de otro levantamiento del movimiento independentista de la minoría uigur, que en 1997 se saldó con la muerte de 18 personas, la explosión de numerosas bombas en la zona y una muy cerca de la plaza de Tiananmen, en Pekín. El desplazamiento coincide con el año en que se efectuó el primer congreso nacional uigur en el exilio, celebrado en Alemania. Los síntomas insurreccionales no se han apagado. Y, lo que es peor para el régimen, existe una importante población uigur viviendo en la vecina Kazajistán. Por añadidura, el potencial desestabilizador del fundamentalismo afgano y las heridas no cicatrizadas de la reciente guerra civil en Tadjikistán son cercanas y recientes. Por otra parte, una preocupación muy inmediata de Pekín es el aprovisionamiento energético. Su demanda le lleva a una creciente importación de petróleo, especialmente de Oriente Medio. En 1999 se inauguró la línea férrea Urumqi-Kashgar, que conecta a las dos principales ciudades del Xinjiang, una provincia rica en petróleo y minerales, con las dinámicas provincias costeras que crecen a un ritmo de dos dígitos. Pero, ante todo, el ferrocarril es una espléndida oportunidad para acceder a las grandes reservas energéticas del mar Caspio.

### Perspectivas

De acuerdo al calendario chino, a fines de enero del 2000 entramos en el año del dragón. Es un animal mitológico benévolo en el que la población alberga grandes esperanzas, las mismas que deposita el liderato al impulsar una mayor apertura y reforma por un camino plagado de oportunidades y peligros. China se acerca a una verdadera crisis. Tal vez los impulsores, Zhu Rongji y Jiang Zemin, apuesten por el aspecto positivo del concepto chino. En efecto, *weiji* (crisis) incluye los significados de peligro y oportunidad. La reforma del mercado trae apa-

**“Desde la caída del muro de Berlín, Pekín cree en la existencia de un complot occidental cuyo próximo objetivo sería China”**

rejada los principios de una economía capitalista que tiende a funcionar con su propia dinámica en un mundo globalizado. Se producirá una importante entrega de soberanía a fuerzas *invisibles* y altos grados de autonomía para los individuos que se lo pueden permitir. El muy probable acceso en la OMC, durante el 2000, pavimentado en 1999 por el acuerdo alcanzado con EEUU, refuerza esta tendencia. A su vez, el proceso es pilotado por un Estado que no puede gobernar el conjunto efectivamente. La recolección de impuestos provenientes de las provincias dista de ser efectivo, así como la reducción real de la burocracia. Con el casi total colapso, hacia 1995, del control domiciliario que tradicionalmente fijaba a los campesinos a las comunas y aldeas, existe actualmente una población flotante superior a los 100 millones de personas entre el campo y las ciudades en busca de trabajo y nuevas oportunidades. La cifra de residentes totales de muchas de las grandes urbes se ha incrementado en un tercio. El poder de desestabilización social no es desdeñable. Entre otros índices, la tasa de criminalidad ha aumentado notablemente. Por añadidura, en las urbes el proceso de reestructuración de las empresas estatales ha dejado una estela de personas sin cobertura social, al margen del vertiginoso cometa de la economía de mercado, y prestas a entregarse a los brazos de sectas mesiánicas del tipo Falun Gong. Una deficiente coordinación de las medidas necesarias para la armonización con los requerimientos de ingreso en la OMC, los cuales entrañan un fuerte coste social y una mayor competencia con el mundo, complicaría las reformas de tal modo que éstas podrían colapsar, o ralentizarse por falta de unidad en el liderazgo.

La progresiva falta de unidad del conjunto agravaría la existencia de varias Chinas y puede simplemente materializarse en una relativa desconexión del centro con sus provincias y en un silencioso incremento de desigualdades entre éstas, particularmente entre las provincias del norte y el sur, la costa y el interior. Por otra parte, la amenaza de fragmentación y el enfrentamiento entre facciones implicaría al EPL. El fracaso de las reformas podría significar la emigración de decenas de millones de chinos y trastornar Asia. El *luan* (caos) es un poderosísimo argumento histórico para un país que fue presa de potencias extranjeras durante la pasada cen-

turia y parte de ésta y que sólo en el siglo XX ha experimentado una cruenta guerra civil, ataques externos y catástrofes internas producidas por políticas erróneas y discutidas al interior del PCCh. En caso de dificultades, el deseo de estabilidad podría sin duda primar sobre los beneficios de una modernización que no llega. Pero ésta no se podría detener sin más y volver al punto de partida. Con toda seguridad ello comportaría una fuerte división nacional. Desde la caída del muro de Berlín, Pekín cree en la existencia de un complot occidental cuyo próximo objetivo sería China. El razonamiento considera que mediante la *heping yanbian* (evolución pacífica), esto es, por medios incruentos, Washington, secundado por el resto del Occidente industrializado, persigue derrocar al régimen socialista y convertirlo en dependiente dentro del sistema capitalista. Los dirigentes chinos tienen en cuenta la caída del Muro de Berlín pero, a diferencia de la ex Unión Soviética, la RPCh no afronta ningún riesgo de secesión. Las minorías no suman más de un 7% del total aunque ocupan cerca del 40% del territorio, y la mayor parte de ellas no incluye una vanguardia independentista, como son los casos de los uigures en el Xinjiang y sus vecinos tibetanos en el Tíbet.

El año 2000 se abre con un desafío inédito: la posibilidad de que las elecciones presidenciales taiwanesas sean ganadas por el Partido Progresista Democrático, que ha declarado, entre otras, que desea la independencia de la RPCh. El *casus belli* estaría servido y puede llevar a la primera guerra caliente del siglo XXI con un ataque a Taiwan por Beijing, lo cual involucraría directamente a EEUU e indirectamente a Japón. Pero los resultados de los comicios pueden ser otros y en la clásica política del péndulo no es impensable que Pekín y Taipei terminen por reiniciar conversaciones bilaterales y lleguen a un acuerdo dentro de la fórmula “un país, dos sistemas”. Al fin y al cabo la reunificación con Taiwan es un objetivo cardinal de la política exterior de la RPCh a cargo de Qian Qichen, el experimentado ex ministro de Asuntos Exteriores.

Otra alternativa, que discurre por un carril más sutil es que las cosas sigan más o menos como están. Esto es, que la economía siga creciendo aceleradamente -aunque no a un ritmo de dos dígitos, como ocurrió en los ochenta-, que el país continúe nominalmente siendo una dictadu-

ra del proletariado dirigida por el PC, pero el sistema deje de ser socialista y mantenga sólo las formas. Este proceso se halla avanzado. Aquí se cuenta la ya mencionada *karaokeización*, que atrae a los individuos y a las masas consumidoras -no a las masas ideologizadas-, lo cual constituye otra perspectiva para entender la probable emergencia de una sociedad civil. Una consideración en clave china del trayecto socioeconómico y político recorrido por Taiwan podría servir, con los ajustes necesarios, para ilustrar este aspecto.

El cambio generacional no ha de ser descuidado. Por definición tiene un ritmo natural y se está produciendo. Dicho esto, conviene no olvidar un período de incertidumbre actualmente en curso. El PCCh se prepara ya para un cambio de liderazgo en su XVI Congreso en 2002. Y al año siguiente, en la sesión anual de la Asamblea Popular Nacional, Jiang Zemin por disposición constitucional deberá dejar el cargo de presidente del Estado. Por tanto, una figura a observar durante el año 2000 es Hu Jintao, el actual vicepresidente. Un asunto que debe dilucidarse es si Hu asumirá también el cargo de secretario general del Partido y si Jiang se reservará el puesto de presidente de la Comisión de Asuntos Militares o una posición de patriarca influyente en momentos decisivos, siguiendo el precedente de Deng Xiaoping. Pero habrá que estar atentos a la verdadera extensión del inédito caso de corrupción descubierto en la provincia de Fujian y con ramificaciones a altísimo nivel en Pekín. La purga resultante que seguramente es ahora objeto de negociaciones, podría perfectamente alterar el calendario de Jiang.

A más largo plazo, la integración en la economía mundial en la era del capitalismo globalizado y la superación de la confrontación maoísta en política interior y exterior abren una fase en la que China puede llegar a desempeñar un papel de superpotencia. No es previsible que lo logre de aquí a veinte años. Probablemente habrá que esperar aún medio siglo para que el conjunto del país alcance los actuales niveles de bienestar de los países más industrializados y los recursos equivalentes a los que actualmente EEUU dedica a mantener su hegemonía. Tampoco sabemos si quiere jugar un papel mundial que trascienda su poder de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU. De momento es una potencia regional ascendente con una escasa voluntad de participar en los asuntos a nivel mundial que no le conciernen inmediatamente.

## Referencias bibliográficas

Fanjul, E. (1994) *Revolución en la revolución. China, del maoísmo a la era de la reforma*. Madrid: Alianza Editorial.

Fernández Lommen, Y. y Tonchev, P. (1998) *China in East Asia: From Isolation To a Regional Superpower Status*, Institute of International Economic Relations, Occasional Papers, nº 13, Atenas.

Hunt, M. (1996) *The Genesis of Chinese Communist Foreign Policy*. New York: Columbia University Press.

Lieberthal, K. (1995) *Governing China. From Revolution Through Reform*. New York: W.W. Norton & Company, Inc.

MacFarquhar, R. (ed.) (1997) *The Politics of China. The Eras of Mao and Deng*, Cambridge: Cambridge University Press.

Meisner, M. (1999) "China's Communist Revolution: A Half-Century Perspective", *Current History*, septiembre, vol. 98, nº 629.

Nathan, A. y Ross, R. (1997) *The Great Wall and the Empty Fortress. China's Search for Security*. New York: W. W. Norton & Company.

Ong, A. y Nonini, D. (1997) *Underground Empires. The Cultural Politics of Modern Chinese Transnationalism*. New York: Routledge.

Opitz, P. (1991) *Gezeintenwechsel in China. Die Modernisierung der chinesischen Aussenpolitik*. Zurich: Interfrom.

Pei, J. (ed.) (1990) *Xin zhongguo waijiao fengyun* (Cambios en la nueva política exterior china). Beijing: Shijie Zhishi Chubanshe.

Schell, O. y Shambaugh, D. (eds.) (1999) *The China Reader. The Reform Era*. New York: Random House.

Segal, G. (1999) "Does China matter", *Foreign Affairs*, septiembre/octubre, nº 5.

Song, Q. et al. (1996) *Zhongguo keyi shuo bu* (China puede decir no). Beijing: Zhonghua Gongshang Lianhe Chubanshe.

Soto, A. (1997) “La disidencia china”, *Política Exterior*, vol. XI, n° 60: pp. 106-120.

Spence, J. (1990) *The Search for Modern China*. New York: W.W. Norton & Company.

Van Kemeade, W. (1998) *China, Hong Kong, Taiwan, Inc. The Dynamics of a New Empire*. London: Little Brown & Company.

Vandermeersch, L. (1986) *Le nouveau monde sinisé*. Paris: Presses universitaires de France.

Wang, G. (1992) *China and the Chinese Overseas*. Singapur: Times Academic Press.